

Visiones literarias de Los Monegros (imágenes contemporáneas de un mito literario)

JOSÉ LUIS CALVO CARILLA
Universidad de Zaragoza

Aprendemos a llegar a cada sitio con el ánimo adecuado y, como viajeros, introduciremos sin duda un poco de todo lo que vemos y padecemos en los espacios contemplados, y éstos adquieren en gran medida el tono del carácter cambiante del paisaje: una subida pronunciada inspira pensamientos distintos que un camino llano, y las ensoñaciones del hombre son más livianas cuando sale a un claro del bosque.

Nosotros somos un término de la ecuación, una nota del acorde, y sembramos la disonancia o la armonía casi a voluntad.

(Robert Louis Stevenson)

Resumen: La presente exposición se propone de una parte constatar la existencia de un mito de contornos definidos, el del territorio aragonés conocido como Los Monegros, y delimitar su significación geográfica y sociológica; y de otra, estudiar las imágenes literarias a él asociadas. La doble significación de Los Monegros, como *locus amoenus* y como *locus horribilis*, ha generado una sucesión de recreaciones literarias a lo largo de la historia, las cuales tienen su punto de mayor intensidad en los siglos XX y XXI, con autores como Baroja, Sender, Arana y otros muchos de trayectoria más reciente.

Palabras clave: Los Monegros, Aragón, paisaje, desierto, literatura, mito, *locus amoenus*, *locus horribilis*.

Abstract: The present exhibition proposes on one hand to contrast the existence of a myth with defined contours: the Aragonese territory known as The Monegros and to define its sociological and geographical significance; and on the other to study the literary images that are associated to it. The double significance of the

Monegros as a *locus amoenus* (pleasant place) and as *locus horribilis* (terrible place) has generated a succession of literary creations throughout history, with its peak during the 20th and 21st Centuries, with authors such as Baroja, Sender, Arana and many others who are more recent.

Key words: The Monegros, Aragon, Scenery, desert, literatura, myth, *locus amoenus* (pleasant place), *locus horribilis* (terrible place).

1. UN ESPACIO MÍTICO

En Los Monegros se revela un espacio mítico de doble significación, positiva y negativa: un espacio idílico y paradisiaco, refugio de los juegos, amores adolescentes y ensoñaciones infantiles, y un espacio desértico, inhóspito y hostil. Tanto estas mismas imágenes idílicas como su reverso degradado (*locus hostil*, *infernal*, *horribilis* o *terribilis*) se dan cita en la creación literaria contemporánea. Pero debe añadirse a continuación que esta vertiente del mito, la que descubre su hostilidad geotópica, ha logrado desplazar en buena parte a la primera hasta apoderarse de ella. Es así como, gracias a una metonimia de resonancias existenciales, sociológicas, patrióticas e incluso cósmicas, la extensión geográfica conocida como Los Monegros —variada, diferenciada en sus cultivos y en su hábitat— ha pasado a restringir su ámbito de representación literaria para quedar caracterizada como un espacio desértico, pobre y alejado de la civilización, como una tierra de nadie o tierra quemada intransitable¹, si bien —haciendo buena la observación del autor de *La isla del tesoro*, según la cual incluso los paisajes más inhóspitos que podemos contemplar acaban descubriéndole al viajero su visión más placentera— con sobrados alicientes para visitarla.

El mito de Los Monegros estaba ya consolidado desde los tiempos de las campañas romanas. Tal mitificación comienza con las ambiguas fabulaciones sobre el origen del término, por lo que el primer vector para comprenderla pasa por el conocimiento de la toponimia. En este sentido, cabe recordar con Vallvé Bermejo (1989: 28-30) que la voz *negro* se encuentra formando parte de varios pueblos y de accidentes geográficos hispanomagrebíes. Entre ellos figura el término que nos ocupa, Los Monegros, topónimo que ha venido siendo objeto de diversas

1. Aunque lejos de representar una anomalía topográfica estas mismas visiones idílicas (*locus amoenus*) y sus reversos degradados (*locus hostil*, *infernal*, *horribilis* o *terribilis*) son compartidos por una parte de la creación literaria europea del siglo XX (Bermejo, 2012).

filiaciones genéticas fabulosas fundadas únicamente en asumir a pie juntillas la popular hipérbole de Catulo.

Pero, al parecer, ni abundaron las ardillas viajeras que pudieran saltar de rama en rama desde Jaca a Gibraltar, ni hubo talas masivas de encinas para construir la Armada Invencible o para exportar la madera a países remotos. Beltrán Martínez situó en torno al año 10000 a. C. una brusca tendencia a la desertización, con una etapa inicial de alternancia entre las fases de aridez y las de humedad. Estas últimas fueron cada vez más escasas, fenómeno que ha podido constatarse también en el norte sahariano de África, donde el creciente estado de desertización responde a las mismas causas y al mismo proceso de evolución que Los Monegros y aboca a un estado de sequía generalizada, con las consiguientes mutaciones en los vegetales y la huida o adaptación al nuevo medio de los animales que constituían la fauna habitual del entorno².

Tradicionalmente se ha venido transmitiendo una visión unitaria del enorme territorio que ya los geógrafos árabes consideraban limitado por los ríos Gállego, Ebro, Cinca y Alcanadre y que localizaban desde Pina de Ebro y Sariñena hasta cerca de Fraga (Vallvé Bermejo, 1989)³. En la actualidad, los límites de Los Monegros han quedado fijados por la reciente comarcalización de Aragón, la cual tiene su versión político-administrativa última en el Decreto Legislativo del Gobierno de Aragón 1/2006, de 27 de diciembre⁴. Pero, como he anticipado al

2. El recuerdo de la prematura aridez de Los Monegros permanece vivo en las balsas que bordeaban la antigua vía romana conocida en el país, algunas de cuyas huellas se conservan todavía hoy «como el camino de los Fierros, que unía la antigua Ilerda (Lérida) con Celsa (Velilla de Ebro), con restos arqueológicos en Candasnos, Bujaraloz y la val de Velilla. Se trata de un ramal de la antigua vía Augusta [...], aunque no se nombre en el Itinerario de Antonino, de tiempo de Caracalla. Pero fue importante. Se conocen piedras miliare o mojones que medían el recorrido y restos de mansiones o mutaciones para descanso de los viandantes y cambios de tiro de los carruajes o de cabalgaduras, equivalentes a las ventas de la carretera real de tiempos modernos. Conocemos muchos datos que recogió el cosmógrafo portugués Juan Bautista Lavanha (apellido castellanizado en Labaña) cuando recorrió Los Monegros en el siglo XVII para levantar el mapa de Aragón por encargo de la Diputación del Reino» (Beltrán Martínez, 2005: 85).

3. Véanse algunos testimonios de viajeros, prensa, etc., en Blasco Zumeta (2005: 273-282).

4. Por dicho Decreto Legislativo 1/2006, de 27 de diciembre, del Gobierno de Aragón, por el que se aprueba el texto refundido de la Ley de Comarcalización de Aragón: «Artículo 4. Territorio. 1. El territorio de cada comarca, constituido por el conjunto de los términos de los municipios que la integren, deberá coincidir con los espacios geográficos en que se estructuran las relaciones básicas de la actividad económica y cuya población esté vinculada por características sociales, historia y tradición comunes que definan bases peculiares de convivencia.». En virtud de dicha Ley de Comarcalización, la Comarca de Los Monegros está constituida por los pueblos siguientes: Barbués, Sangarrén, Torres de Barbués, Senés de Alcubierre, Tardienta, Torralba de Aragón, Robres, Leciñena, Alcubierre, Perdiguera, Farlete, Lanaja, Monegrillo, La Almolda, Castejón de Monegros, Bujaraloz, Albero Bajo, Grañén, Poleñino, Lalueza, Alberuela de Tubo, Capdesaso, Huerto, Almuniente, Castellflorite, Albalatillo, Sariñena, Sena, Villanueva de Sigena, Valfarta y Peñalba.

comienzo, antes de abordar las imágenes literarias de Los Monegros en el siglo XX se impone como tarea previa señalar que este territorio no es tan homogéneo como parece deducirse de su toponimia y de su organización política, ya que ofrece una rica variedad paisajística y de cultivos, y lo mismo puede decirse de su flora y de su fauna. Las recreaciones literarias del paisaje monegrino reflejarán con fidelidad estos rasgos extremos, y en muchas ocasiones contradictorios, que han venido percibiendo antropólogos, naturalistas y viajeros. Sirva como ejemplo la síntesis perceptiva de Pedrocchi (2000):

Las estepas son escasas en Los Monegros, ya que con excepción de las totalmente improductivas, las demás han sido labradas. Constituyen un paisaje con elevada heterogeneidad, muy áspero pero de gran personalidad y belleza. En las primaveras lluviosas, cuando florecen en todo su esplendor, presentan un colorido que, unido a su perfume y a la transparencia de la atmósfera, forma un conjunto de belleza difícil de encontrar.

Los componentes del paisaje son elementales: «Domina el horizonte, a una distancia indefinida; encima, la bóveda del cielo, ocupándolo todo, con un color azul intenso, del cielo mediterráneo»:

Si el día es tormentoso, la bóveda es amenazadora y se acerca al suelo hasta casi tocarlo.

Bajo la bóveda, el relieve casi inexistente, una llanura brevemente ondulada. A lo lejos, siempre alguna muela, testigo de antiguos relieves, sirve de brújula al experto; el que no lo es no sabe verlas.

Según los lugares, alguna sabina o incluso algún grupo de ellas rompe la monotonía y hace el paisaje más amable.

Los colores del suelo varían.

En invierno, pero sobre todo en primavera, el tapiz verde del cereal, que llega hasta donde se pierde la vista, carece de personalidad o tiene la de un campo de golf.

Es en verano cuando el paisaje recoge todos los ocres, entre el amarillo y el rojo, a veces casi negro. La calima se encarga de darles un tono pastel y es entonces cuando el paisaje monegrino se muestra en su óptima riqueza.

Es más: para los actuales estudiosos del paisaje, Los Monegros ofrecen una riqueza tal de alicientes para los sentidos que sus testimonios de admiración diseñan una especie de *locus amoenus* apartado y envidiable: «Para nosotros, los que durante toda nuestra vida hemos sido cegados por el azul del cielo mediterráneo, el paisaje deseado es el alpino, con prados verdes alternados con bosques... Pero para los

habitantes de países nórdicos, un paisaje mediterráneo, deforestado y soleado es lugar adecuado para establecer el paraíso» (Pedrocchi, 1998: 29).

2. EL REVERSO DEL PARAÍSO

Desde los testimonios romanos y árabes hasta hoy, esta visión paradisiaca del espacio monegrino ha quedado erosionada por la presión de una serie de imágenes hostiles. Así aparece, por ejemplo, en un pasaje de la *Chanson de Roland*:

De otro lado se encuentra
Chernubles de Monegro.
Sus cabellos son tan largos
que le llegan hasta el suelo.
[...] Se dice que en su país
ni hay sol, ni trigo creciendo,
ni llueve, escarcha o rocía,
que suelo y piedras son negros.
Allí moran, según dicen,
los demonios más perversos⁵.

Como recordó en su día Beltrán Martínez, tanto el camino Real (*vía lata* romana, antecesora de la actual carretera nacional entre Zaragoza y Barcelona) como el camino de los Fierros romano o el de Santiago en Sariñena, cuyo trazado, desde el siglo XII, sigue una calzada anterior, son fuente de información de mucho interés al respecto, debido a la existencia de relatos que dejaron escritos algunos viajeros, coincidentes todos ellos en su visión de un paisaje desértico y miserable⁶.

Los Monegros han llegado a nuestros días como un espacio mítico de características encontradas, tal vez tan complejo y contradictorio como la naturaleza y los pueblos que lo habitan. Lo confirman numerosos ejemplos, desde la iconografía popular hasta los tópicos más apegados

5. Cito por *El Cantar de Roldán*. Transcripción de Redoli Morales (2006: LXXVIII, vv. 1773-1786).

6. Beltrán Martínez (2003) defendió en varios trabajos la unidad sustancial de las tierras monegrinas independientemente de la diversidad y contradictorias características consideradas en su conjunto pues, si bien es cierto que, en última instancia, la tierra y las gentes que la han ocupado a través de milenios constituyen una unidad geográfica y humana basada en contradicciones casi irreconciliables que a la postre resultan complementarias, desde los más remotos tiempos existe una constante en la historia de Los Monegros marcada por el agua o por la falta de ella, junto con la lucha por conseguirla y sobrevivir en una zona estratégica de cruce de caminos y restos arqueológicos que lo demuestran.

al terruño. El secano, expresión de la sed de Aragón, resucita periódicamente en títulos que aluden a necesidades individuales y colectivas, tanto materiales como metafísicas. Valga como ilustración ejemplar de fechas recientes el breve ensayo de José Bada Panillo aparecido en 2008 con el expresivo título de *La sed (Los Monegros y otra escala de valores)*, bandera no muy lejana a la canción «Aragón también tiene sed» (1910), del grupo musical pop *Índice de Cuba* (<http://www.myspace.com/indicedecuba00>). Por no hablar de los escenarios «saharianos» de *La marcha verde* (2002), film de José Luis García Sánchez y Rafael Azcona rodado en una Tardienta en cuyos alrededores no sorprende encontrar desde hace años solitarias jaimas y taciturnos camellos recorriendo parsimoniosos los polvorientos secarrales próximos a la sierra de Alcubierre⁷. O de los carteles que año a año anuncian el multitudinario encuentro *technopop* «Monegros Desert Festival», con infinidad de tiendas de campaña plantadas en un desierto de película americana donde no faltan los vacíos cráneos de vaca enterrados en la arena y el revoloteo de negros zopilotes en los atardeceres rojizos...⁸.

Desde el sueño costista de un vergel paradisiaco nacido sobre la infernal aridez monegrina hasta los planes de colonización (y de reorganización de los regadíos), pasando por la recién estrenada sed de autonomía regional o las campañas antitrasvasistas, el mito ha pervivido hasta constituir en nuestros días uno de los más firmes bastiones del imaginario colectivo aragonés. En este sentido, Ortiz-Osés (1993: 190-205) ha podido insertar la aridez del secano monegrino (alguno de cuyos pueblos solitarios ha traído a su memoria ecos del oeste americano) en un adusto sistema patriarcal-consciente de referencias simbólicas («totémicas»), junto con los mallos de Riglos, el castillo de Loarre, el monasterio de Piedra o la piedra fundacional de la Virgen del Pilar, como contrapunto y nostalgia de lo maternal femenino, infraconsciente y vital, húmedo, envolvente⁹.

7. Ya Isidro Comas Macarulla, «Almogávar», había experimentado esa misma sed metafísica al escribir desde Barcelona a sus paisanos: «Pedimos libros aragoneses, porque padecemos hambre y sed de Aragón» (*El Ebro*, 12, 20 de diciembre de 1919).

8. Por no referirme a los jardines y estanques previstos en el fallido macroproyecto artificial de oasis monegrino conocido como Gran Scala (<http://ild-plc.com/es/project.html>).

9. Este apartado («Antropología e identidad cultural») reúne el pensamiento en marcha del autor, ya formulado con anterioridad en diversas publicaciones. En él se ofrecen lúcidas páginas sobre la realidad simbólica monegrina, cuya belleza debe medirse frente al monte sagrado o frente a la *mar-madre sin fin*. Interpreta la nostalgia acuática de la tierra como la verdadera alma en pena de Aragón y llega a asociar el desierto monegrino con el Mar Muerto bíblico, con «su exudación desértica, su salinidad y la experiencia mística de Qumrán al lado» (Ortiz-Osés, 1993: 203-204).

Reténgase, pues, esta doble dimensión mítica de Los Monegros: como *locus amoenus* y como *locus horribilis*. Como se lee también en el poemario labordetiano *Monegros* (1994), en el que la añoranza de un mar utópico por lejano se conjuga con visiones del irredento secano monegrino:

Largo resulta
el interminable silencio
del sentido. Los ganados
apenas si interpretan
el polvo milenario del camino.
Azotadas las balsas
y el crepúsculo quedo todo,
como en el mar,
está vencido («Atardecer»)¹⁰.

Esa imagen del desierto reseco y agrietado puede llegar a generar visiones de oasis, estancas o lagunas reparadoras que suspenden utópicamente los sentidos del viajero:

Cuando llegaba, a mediodía, en agosto, desde lejos la vi [la salina conocida como la Playa], llena, grande e impresionante. Al menos, la escasa vegetación de las orillas se reflejaba en un gran espejo de agua que cabrilleaba al sol. En sus bordes, visto y no visto, se levantaban torbellinos de polvo, que tal como nacían desaparecían mansamente. Ya más cerca, el agua desapareció. Estaba seca y lo que veía no era más que un espejismo. Pequeños torbellinos, debidos a diferencias térmicas, se burlaban de mi corriendo por las orillas» (Pedrocchi, 1998: 16)¹¹.

Tal vez sea el impacto perceptivo del paisaje desértico el que induzca al contemplador a reincidir en este esguince o hiato interpretativo. Así, por ejemplo, un reciente trabajo de Souny sobre la poética del desierto parte de la premisa de que, por su propia definición (al menos en su etimología francesa), el concepto de *desierto* posee una vinculación consustancial al concepto de *deseo*, lo que implica que mantiene una articulación dialéctica entre el *vacío* y el *todo*, entre la *carencia* y la *plenitud*; entre la *pérdida* y la *intensidad de la pose-*

10. Sirva como otro de los ejemplos el siguiente: «Ni el árbol ni la piedra / sienten piedad / de un cielo despiadado. / Árbol y piedras / contra el eterno entorno desgarrado, / hacia no saber nunca / dónde renace el mar, / muere la tierra».

11. O el de Darío Vidal (1971): «Antes de llegar a Bujaraloz, una superficie brillante delata a lo lejos la presencia de agua. El sol se ha ocultado. Silba el viento, ruge, se encrespa, cede, se humilla, sube con un aullido temeroso, porfía, crece, se tiende sobre la agitada sábana pardigrís. La laguna, desde lejos, espejea azul y malva, pero cuando llegamos a mojar nos las manos, los pies se hunden en el barro blanco, viscoso y engañoso. La laguna era solo un espejismo».

sión; entre la *insaciabilidad* y el *éxtasis* contemplativo; entre la *muerte* y el *eros* (Souney, 1999: 329-339). Es decir: el concepto de desierto encierra una constelación simbólica negativa, mientras el concepto de deseo contiene en sí la aspiración a la posesión imaginaria preñada de positividad, de ilimitada culminación en todas sus diversas variantes conjugables. Tal bipolaridad simbólica viene reflejada en árabe por un mismo término *alfaydh*, un doble movimiento de sequedad y desbordamiento propio del espacio real del desierto, que solo *in situ* y en situación puede ser aprehendido en su totalidad: desde una actitud profundamente mística, acunado por el rítmico y dual balanceo de una travesía a lomos de camello.

3. COSTA, EL PROFETA

También, pues, en literatura, nos encontramos con la frecuente convivencia de un tópico espacial, el *locus amoenus* y de su reverso *horribilis* o *terribilis*, el cual entraría de lleno dentro de las manifestaciones literarias de los espacios hostiles. Pero, como se ha anticipado al comienzo, lo llamativo es que, como si se tratara de una mancha que se extiende más y más, ese espacio *horribilis* ha ido ocupando semánticamente el concepto comarcal de Los Monegros, sin que haya hecho mella en este desplazamiento semántico ni siquiera la red de canales que dieron vida al paisaje al convertir el seco en regadío.

Esta imagen del desierto irredento quedó magnificada a finales del siglo XIX gracias a la labor política y publicista de Joaquín Costa. El «Grande Hombre» o «superhombre» de Graus fue un pensador utópico inspirado en las doctrinas krausistas y en un socialismo de orientación fourierista bautizado con la doctrina social de la encíclica *Rerum Novarum*. En sus proyectos narrativos, Costa fue el más contumaz soñador de huertos, almunías, arcadías y paraísos fértiles por regables (Sánchez Vidal, 1981 y 1984). Su atronadora voz profética recurrió al rico arsenal mítico-religioso de la Biblia y el Corán para lanzar a favor del cierzo toda una imagería sagrada de Los Monegros que, desde *Política hidráulica* (Costa, 1911) y otros muchos escritos, quedó asociada al hambre y a la pobreza monegrinas, objeto de travesías del desierto, maldiciones y anuncios de plagas bíblicas.

Más allá de un sentimiento generacional prematuramente ecologista (Tzitsikas, 1977), el autor de *Oligarquía y caciquismo* se erigió en un nuevo mesías salvador y se remontó a sus pasajes bíblicos favoritos

en busca de un pautado fraseológico apocalíptico con el que mover de forma efectista los insensibles corazones de los políticos de su tiempo. *Política hidráulica*, en concreto, brinda ejemplos elocuentes de la identificación de la tierra baldía de Los Monegros con el conjunto de Aragón:

Yo soy el camino por donde han de volver los tristes emigrantes de la Litera a sus despoblados hogares, pero corro de espaldas a ella, y por eso los emigrantes, cuanto más caminan, creyendo llegar, se encuentran más lejos; yo soy la libertad y la independencia de la Litera, pero no tengo voz en sus hogares ni en sus comicios, y por eso la Litera es esclava; yo soy las siete vacas gordas de la Litera, pero no se apacientan en sus campos, y por eso la Litera no bebe de su leche ni come de su carne, y se muere de hambre, se muere de sed, se muere de desesperación, arrojando a millares por el mundo sus hijos demacrados y harapientos que la maldicen, porque no supo abstenerse siquiera de engendrarlos, ya que no había de saber administrarles el rico patrimonio y procurarles el mezquino sustento con que se contentan...

Como es bien sabido, esa habilidad costista para quintaesenciar su pensamiento en síntesis doctrinales, e incluso en eslóganes que todavía hoy siguen sorprendiendo por su eficacia publicitaria, luego aprovechada por la propaganda hidráulica de Primo de Rivera e incluso de la dictadura franquista, puede verse en muchos de sus escritos.

¿Se equivocó el visionario «superhombre» de Graus? Autores como Jiménez Blanco (1986) han planteado con rotundidad una crítica global al sueño de Costa, por su ingenuidad al suponer que se daban en España las condiciones económicas favorables para afrontar su reforma hidráulica. En cualquier caso, el «León de Graus» pergeñó una constelación simbólica positiva que sacralizaba el agua (como vida, progreso, civilización, vergel, arcadia...) y demonizaba su carencia (desierto, sed, pobreza, atraso, espejismos...), con obligadas proyecciones hacia la existencia individual y hacia la colectiva (las «clases neutras», el pueblo, Aragón, España).

4. PÍO BAROJA

Pío Baroja no ocultó nunca su escasa simpatía por la figura y por el pensamiento político de Costa, y ni siquiera su efímera aventura radical en tierras aragonesas le hizo cambiar la mala opinión que tenía hacia quien había sido uno de sus más ilustres contemporáneos. Buena

prueba de ello es que ni siquiera cita a Costa en *Las horas solitarias. Notas de un aprendiz de psicólogo* (1918), cuyo libro segundo («Una excursión electoral») contiene el anecdotario político invernal que el escritor vivió en tierras oscenses, donde llevó a cabo su efímera y desganada campaña electoral como candidato cunero por el distrito de Fraga.

En su viaje a través de Los Monegros estuvo acompañado por el también escritor Felipe Aláiz, por el erudito y profesor zaragozano Rafael Sánchez Ventura, por el pintor fragatino Viladrich y por un jovencísimo y voluntarioso periodista apellidado Goñi. El itinerario comenzó en Tardienta, donde Baroja sufrió los rigores del cierzo implacable de su entonces desvencijada estación de ferrocarril. Después de su desplazamiento a Sariñena, el camino en carruaje hasta Castejón de Monegros le proporciona la oportunidad de observar por primera vez los rasgos paisajísticos de Los Monegros: una «zona árida, entre arcillosa y caliza, sin árboles, únicamente con matorrales de romero grandes como arbustos», que sitúa entre los ríos Alcanadre, Ebro y Cinca y que percibe de forma visionaria: «[...] un terreno de margas [rocas grisáceas, salinas y arcillosas] que, en otro tiempo, probablemente, sería un gran lago».

Este segundo apunte quedará páginas más adelante neutralizado por una rotunda síntesis conceptualizadora: después de una docena de jornadas, ve en los parajes monegrinos una «desolación trágica», imagen que no habían logrado mejorar sus estancias en La Almolda, Bujaraloz, Peñalba o Candanos (Baroja, 1999: 514-515 y 517).

Pero hubo quien superó a Baroja en la hosquedad trágica de sus visiones de Los Monegros. Fue el oscense José Sampérez Janín en la novela *Candanos* (1933). Ambientado en el pueblo que le da título, Sampérez convirtió su relato en una bronca pesadilla expresionista en la que el primitivismo del paisaje y de los seres que lo habitaban se enmarcaba en una atmósfera misteriosa y telúrica, animada de rituales, brujas y consejas.

5. RAMÓN J. SENDER

En el polo opuesto, tal vez el ejemplo de idealización de Los Monegros más conocido se encuentra en la obra de Ramón Sender, en especial en novelas como *Crónica del Alba*, *Los cinco libros de Ariadna*,

Réquiem por un campesino español, *El verdugo afable* o *El lugar de un hombre*, o en recuperaciones memorialistas como *Monte Odina*, por lo que no me extenderé en señalar sus características. Únicamente recordaré que la novela más representativa de la visión monegrina de Sender es *El lugar de un hombre* (1939), la cual puede considerarse en este aspecto como cifra y resumen de todas las demás. En ella, los espacios narrativos se sitúan en los límites orientales de Los Monegros, en un paraíso regado por el Orna (síntesis de los ríos Cinca y Alcanadre). Se trata del paraíso de la infancia, un espacio de correrías y aventuras, suma de Chalamera y Alcolea de Cinca, pueblos donde transcurrió la infancia del escritor. En una ribera fértil y placentera, evocada en sus novelas con una toponimia real o inventada (Enguita Utrilla, 1994).

Pero es un *locus amoenus* cercado por el desierto. Más allá del Saso se extiende «un inmenso e interminable desierto gris oscuro»:

En aquel desierto gris oscuro raramente se encontraban cultivos de cebada o trigo raquíuticos. El verde plumizo de la maleza (matas ralas) estaba cubierto de polvo una parte del día y de escarcha la otra. Así tomaba las tonalidades más raras. El viento que venía de Cataluña o de los Pirineos la helaba o la abrasaba a menudo. El saso se perdía en el horizonte sin dejar sospechar su fin.

De todos modos, el desierto de esta novela todavía no representa la amenaza que sí será en *Imán* el desierto marroquí visto desde la inmediatez del blocao: el de su infancia sigue siendo todavía un cordón profiláctico que preserva su paraíso ribereño del Cinca.

6. TESTIMONIOS Y RECUERDOS DE LA GUERRA CIVIL

Si unos registros similares había utilizado el periodista y político castellanense Alardo Prats y Beltrán (Culla, 1903-México D.F., 1984) en los insólitos reportajes recogidos en su libro *Tres días con los endemoniados. La España desconocida y tenebrosa* (1930), las crónicas periodísticas de *Vanguardia* y *retaguardia de Aragón. La guerra y la revolución en las comarcas aragonesas* (1937) logran neutralizan la visión de Los Monegros como lugar infernal achicharrado por las bombas del ejército rebelde (de sus quemadas estepas «sin un árbol ni insinuación de sombra») en nombre de la resistencia contra el golpe militar.

En virtud de este esperanzador prisma, Prats presenta las imágenes de un secano redimido y transfigurado: las llanuras de Tardienta y Almudévar, e incluso sus cumbres y laderas, se transforman gracias al espíritu de lucha y al instinto de supervivencia de los pequeños campesinos encuadrados en las colectividades: «Su esfuerzo, puesto al servicio de la libertad en los trágicos días del 36, preparó y sembró tierras donde jamás había sido lanzada la semilla, donde solo crecía la maleza, las matas de tomillo o de espliego y los cardos vilaneros. Ahora todo es mies. Y mies bien cuidada. Unas doradas y otras con el color auriverde de la entrada en sazón para la siega. Hasta encima de las pequeñas mesetas que de pronto se acusan en el horizonte, arrastres de remotos corrimientos geológicos desde el Pirineo hasta aquí, con sus conformaciones de médanos desérticos de caprichosas formas, se ha sembrado, si se encontró un palmo de tierra aprovechable».

En el plano de pocos meses, esta «nueva geórgica de nuestro tiempo» (*sic*) había terminado lo que hasta entonces había sido una estampa rifeña en «llanuras erizadas de mieses y en huertas pobladas de árboles frutales en las vegas de los ríos» (p. 131). En la pluma de Prats, la nueva visión del paisaje de Los Monegros responde a una concepción futurista, hecha de arados mecánicos, ruidosos tractores en formación casi militar o deportiva y «trilladoras que navegan en los mares de mieses dejando una estela de gavillas» bajo la metralla de los aviones enemigos:

Centenares de segadoras modernísimas cierran los puntos de referencia del paisaje, del campo, en todas las direcciones de los puntos cardinales. Las trilladoras modernas, también cantan junto a las viejas eras inútiles la canción de sus motores a toda marcha. Unas máquinas segadoras van arrastradas por caballerías, otras por tractores poderosos, los mismos que mediante otros dispositivos con los garfios férreos de sus rejas remueven la entraña fecunda de la tierra, en sus más hondas y recónditas zonas de energía inexplorada.

Ahí está, en tierras aragonesas, la nueva y modernísima geórgica de nuestros tiempos. En sus centenares de máquinas que zumban sobre los predios, sobre los rastrojos de los predios su cántico de victoria (Prats y Beltrán, 2006: 128-131).

El mismo subjetivismo impresionista se puede apreciar a través de los ojos de José Ramón Arana (seudónimo de José Ruiz Borau, Garra-pinillos, 1905-Zaragoza, 1973) en *El cura de Almuniaced* (1950) y en otros pasajes de su obra narrativa. Arana ambientó en el pueblecito de Monegrillo algunos de los cuentos recogidos en *¡Viva Cristo Ray!*, pero

será en su obra más conocida, *El cura de Almuniaced*, donde queden confrontadas de forma diáfana tres visiones del paisaje bien diferentes. En sus primeras páginas la novela presenta la visión que posee el mosén Jacinto joven, con evocaciones de ingenuo esquematismo, caminos blancos, sabinas, carrascas y tomillos, con su cromatismo risueño de azules intensos y con el polvo dorado de las eras suspendido en el aire y lomas de maternales perfiles en la lejanía. Sin embargo, el presente de la llegada de un puñado de milicianos enmantados a Monegrillo ensombrece el idílico primitivismo inicial para percibir el paisaje que tiene ante sus ojos, ya contagiado por el simbolismo cainita español de que forma parte («Se acongojó pensando la España de más tarde. Veíala yerma, desolada, deshaciéndose como un terrón seco y maldito al peso de aquella locura de caínes. Imaginaba el ojo en sangre de los hombres, semioculto bajo el párpado hipócrita; mujeres enlutadas, duras, con algo de lobas y de sombras; niños amargos, sin infancia...»). En vísperas de su asesinato por las fuerzas sublevadas que han reconquistado Almuniaced, la tercera imagen que acompaña al cura de Almuniaced viene asociada a interminables noches de pesadilla, a las patrullas de aviones que sobrevuelan San Caprasio¹² para sembrar la llanura de pequeñas humaredas y a un delgado hormiguero humano ametrallado tendido sobre el polvo o huyendo en todas direcciones...

7. TRES INSTANTÁNEAS DEL FRANQUISMO

Pueblonuevo (1960), de Ildefonso Manuel Gil, se inscribe en unos años en los que, especialmente desde la Ley de Colonización y Distribución de la Propiedad de las Zonas Regables, de abril de 1949, el Instituto Nacional de Colonización (INC), de iniciativa estatal, comenzó a llevar a cabo la parcelación y distribución de pequeñas extensiones regables entre colonos procedentes de pueblos rurales pirenaicos en proceso de abandono, de expropiaciones para la construcción de nuevos pantanos (la Tranquera, Yesa) o de diferentes partes de España¹³.

12. Elevación de la sierra de Alcubierre (812 m), donde existe una ermita dedicada a este santo.

13. Tres fueron las zonas en las que se construyeron nuevos pueblos por parte del Instituto Nacional de Colonización, reconocible en la novela bajo las siglas SANUR (Servicio Agrario de Nuevos Regadíos): Bajo Aragón, Bardenas, Alto Aragón (Monegros), estos últimos construidos en su mayor parte en Los Monegros oscenses: Valsalada, Artasona del Llano, San Jorge y El Temple, mientras Ontinar de Salz y el derruido Puilatós se levantaron dentro de los límites del término municipal de Zuera (Zaragoza).

Pueblonuevo está inspirada en la vida cotidiana de los primeros años de cualquiera de estas pequeñas «babeles» monegrinas. La experiencia colonizadora, magnificada por la propaganda oficial, dejaba bastante que desear, tanto en el rendimiento económico de estos proyectos oficiales como en la propia existencia cotidiana de los pioneros, resignados a una nueva vida desde el desarraigo y las estrecheces, y sabiendo que sus hijos pronto se verían obligados a abandonarla. Y son estos flancos débiles de los denominados genéricamente pueblos nuevos o «pueblos de colonización» los que aparecen en esta tercera novela de Ildefonso Manuel Gil.

Pueblonuevo es una novela coral. Gil no introduce elementos topográficos diferenciadores. Tan solo escuetos apuntes sobre el canal próximo a la colonia o a las pequeñas plantaciones de pinos. Podría ser, por lo tanto, uno de los pueblos monegrinos recién construidos, tan idénticos unos de otros, no solo en su planificación urbanística, sino en la psicología colectiva ahormada y condicionada por el nuevo espacio de convivencia. Pero bajo esa obligada unanimidad de las biografías y de los comportamientos de los colonos se ocultan las íntimas desazones de quienes, sin poder volver sobre sus pasos, llevaban el fracaso y la resignación pintados en el rostro. Gil los concibió como reencarnaciones del trasunto autobiográfico del autor que había protagonizado sus novelas anteriores (en particular en *La moneda en el suelo*, 1951). Porque, en última instancia, la novela pretende reproducir el paradigma de la novela social a partir de una identificación implícita de los eternos forasteros que pueblan la colonia con el narrador (y, más allá de la ficción, con la errancia y desasosiego existencial del propio autor en aquellos oscuros años del franquismo). El paisaje y la propia colonia son únicamente abstracciones, pretextos para el camuflaje existencial de quien se siente, como los colonos de *Pueblonuevo*, un eterno forastero en una realidad prestada que no acaba de pertenecerle.

Tampoco el José Vicente Torrente Secorún (Huesca, 1920-Madrid, 2006) de *El país de García* (1973) se detiene demasiado en pormenorizar los paisajes monegrinos. Su novela posee mucho de crónica de viajes por la provincia de Huesca de la mano de la inmortal pareja cervantina, de Lázaro de Tormes y, sobre todo, de Pedro Saputo —pícaro redimido por la sensatez gracianesca—, algunos de cuyos episodios recrea tal como han circulado en el boca a boca de la tradición oral. Almudévar es el punto de partida de las andanzas del héroe de Torrente por tierras monegrinas, comienzo de un viaje de iniciación que, después del capítulo III, en el que visita Fraga, Zaidín y Altorricón, continuará por

diversos lugares del Somontano y del Pirineo oscense. Coincido con la opinión de su más reciente editor (Barreiro, 2004) en el sentido de que Torrente consideró suficiente ambientar las aventuras en tierras oscenses y mostrar, con tanto orgullo como humor y ponderación, la importancia histórica, antropológica y casi legendaria del territorio. De ahí el título de la novela que, como reza la cita inicial, alude a García, hijo de Sancho, rey del incipiente reino de Aragón. Pero si *El país de García* cumple los requisitos de una guía turística artístico-monumental y etnológica, el autor muestra sus limitaciones a la hora de describir el paisaje que atravesaba su héroe. Su parquedad en recreaciones paisajísticas —entre ellas, las de la tierra monegrina— es tal vez la carencia más destacada de quien pretendió reconstruir desde su despacho madrileño unos espacios de la niñez idealizados con el paso de los años.

Marián Arcal (Bujaraloz, 1919-Zaragoza, 1999) atendió al paisaje de su tierra en sus celebrados *Veinte relatos monegrinos* (1969), objeto veintitrés años después de una reedición ampliada con siete cuentos más¹⁴. La asidua dedicación a la plástica de la escritora debió de influir en esta colección de relatos, tanto en el trazado de semblanzas y breves retratos de las gentes de Bujaraloz como en los apuntes costumbristas de sus rasgos estilizados con paleta azoriniana, y en la captación de escenas y en apuntes en los que no falta un nimbadado ternurismo. En su conjunto conforman una galería de figuras exentas. El espacio (el pueblo y, sobre todo, el paisaje) quizás por excesivamente familiar a la autora, desaparece detrás de esta serie bocetos costumbristas.

8. LAS NUEVAS MIRADAS SOBRE LOS MONEGROS: DE LA NOVELA DE CARRETERA AL VIAJERO ALCARREÑO

Carreteras secundarias (1996), de Ignacio Martínez de Pisón ofrece a los lectores una amena odisea ambientada en la España de 1974, en la que unos nuevos héroes quijotescos —de un *Quijote* pasado por *On the Road*, de Kerouak— viven una serie de aventuras picarescas. Los dos protagonistas, el adolescente —Felipe—, aprendiz de pícaro, y su padre, pícaro redomado, viajan de urbanización en urbanización en un viejo Citroën Tiburón y se instalan en apartamentos playeros desiertos

14. Uno de estos relatos de Arcal se recoge también en la *Antología de narradores aragoneses contemporáneos* de Ana María Navales (Zaragoza, *Heraldo de Aragón*, 1980).

que abandonan al poco tiempo. Al dejar Cataluña, el padre de Felipe hace parada y últimos desaguisados en Almacellas, pueblo leridano en los límites de la provincia de Huesca. La alocada huida con la caja del bar en el coche le lleva a atravesar Los Monegros siguiendo la Nacional II. Pero será en Zaragoza donde Felipe aprenda la dura carrera del sobrevivir, mientras su progenitor da con sus huesos en la cárcel y, después, en el fondo del Canal. La seducción de la espacialidad urbana implícita en la cosmovisión de esta novela reduce a silencio la travesía del desierto de Los Monegros, verdadero *lugar hostil* que no le merece al narrador ni una sola línea de reconocimiento.

En cambio, *Discothèque* (2001), de Félix Romeo somete su visión del paisaje monegrino a una peculiar parábola elíptica. Los Monegros están y no están al mismo tiempo: no se mencionan, pero están presentes siempre en estado de latencia. La razón estriba en que esta novela representa una fusión de territorios desérticos en la que Los Monegros compiten de igual a igual con los grandes desiertos del cine y de la literatura. Sin que tampoco falte el esplendor virtual de la gran ciudad norteamericana del juego cuyos turbios ambientes había visto frecuentar a Nicholas Cage en *Leaving Las Vegas*. Los Monegros aparecen mencionados pocas veces en *Discothèque*. Pero no era necesario recordarlos, pues las andanzas de Torosantos, Alquézar, Dalila Love y la multitud de achatados comparsas que conforman el caótico lumpen de esta novela viven en el espacio artificial y sintético de un plató a medias real y a medias imaginario. Las frenéticas situaciones se suceden a velocidad de vértigo en los que podríamos etiquetar con Augé como unos nuevos *no lugares* monegrinos: Hostal las Vegas, The Baile Discothèque, moteles, gasolineras solitarias, burdeles, carreteras interminables entre kilómetros de desierto, camioneros violentos, Dj's, macarras y chaperos... *No lugares* malditos que hacen de Los Monegros «la primera planta del infierno» (*sic*).

El viaje a pie por Los Monegros emprendido por el periodista Darío Vidal y el pintor Julián Grau Santos en *A mitad de camino, Los Monegros* (1971), presenta a los dos caminantes recreándose en la impresión paisajística y en el apunte antropológico. Apuntalan con datos histórico-culturales y artísticos los lugares que atraviesan, en un afán testimonial que no olvida ni siquiera los nombres propios y circunstancias de la población con la que se relacionan en su camino. A su vez, los dibujos de Grau Santos complementan de forma inmejorable una visión del espacio monegrino que pretende ser total y diferenciada.

Después de recorrer los límites del desierto —Velilla de Cinca, Ballobar, Sena— y de comprobar cómo la contemplación del «lomo gatuno de Los Monegros» comprendido entre la confluencia del Cinca y del Alcanadre produce intranquilidad en los habitantes de las localidades próximas, que sienten cómo las lenguas del desierto monegrino van penetrando en sus tierras, los dos viajeros —inequívocos admiradores del Cela del *Viaje a la Alcarria*— llegan a Sariñena, que consideran «la puerta de Los Monegros». De Sariñena a Candanos, punto final del viaje, visitan Pallaruelo de Monegros, Lanaja, Alcubierre, Leciñena, Monegrillo, Castejón de Monegros, La Almolda, Bujaraloz, Valfarta y Peñalba.

Con un lenguaje rico, preciso y ajustado a los objetos que nombra, a la flora y fauna y a los utensilios agrícolas tradicionales (aperos, bodegas, etc.), Vidal consigue un animado cuadro de la vida rural casi irredenta de los monegrinos: la sed como obsesión, pese a la proximidad del canal, el abandono de los proyectos gubernamentales, el escepticismo ante las mejoras prometidas, la pobreza y las injusticias sociales que trae incluso la misma llegada del agua, las alusiones a una Guerra Civil todavía viva en la memoria... La misma hostilidad del espacio queda corroborada al final del viaje:

En los secanos ha quedado el espectro de la sed, la feroz alimaña de la injusticia, la epidemia que diezma los ganados, los pueblos que se despueblan, el odio que desciende de la sierra como un río, por una lucha pasada.

Todos estos ingredientes configuran los perfiles de unos seres que apenas si se distinguen del medio en que habitan. Las casas de los pueblos reproducen el lienzo del paisaje en sus tonos desleídos y terrosos, y los hombres y mujeres parecen agazapados camaleónicamente en él, fundidos con la fauna y la flora en un todo casi amorfo e inerte. El conjunto sociológico rural, por el que no había pasado todavía la Transición, ni mucho menos el ingreso en la Unión Europea, se presenta como detenido en el tiempo. Esta imagen del *locus* infernal monegrino planea en muchas de las páginas de este diario. Así, la primera impresión del viaje recoge la desazón de los vecinos de Velilla ante el adusto paredón árido y pardo que tienen a la vista: es «la amenaza de Los Monegros vergonzantes, la sombra de Los Monegros que no quieren serlo». Y en el vecino pueblo de Ballobar,

Las gentes de la ribera temen a Los Monegros como a la miseria, y aun cuando los secarrales se adentran en buena parte en sus términos, los niegan como si se tratase de un estigma [...].

Del mismo modo que los marinos hacen a la mar mujer, los monegrinos se reconocen porque castran a Los Monegros. Los monegrinos suprimen el artículo orientador y prudente: para ellos Los Monegros son sencillamente Monegros.

Condicionado por la imagen de *locus horribilis* recibida, el viajero anota en su cuaderno: «Los Monegros, por lo menos antes de entrar, son el rubor de la pobreza y la aprensión de la pena. El miedo a Los Monegros es el pavor al desierto y a la nada». El viajero se sirve en varias ocasiones del sintagma «tierra trágica» para caracterizar con gruesos trazos a unas poblaciones tristes, aturdidas y detenidas en el tiempo como estatuas de sal. Tierras que, en palabras del vendedor de tractores y filósofo de café Antonio Galán, simbolizan la parte maldita de Aragón y de los aragoneses, cuyos rasgos caracteriológicos colectivos pueden constatarse al contemplar el paisaje monegrino (pp. 130-131).

El paisaje cambia con el paso de las horas, pero su naturaleza hostil es constante en cualquier momento del día:

La tierra blanca y la luz intensa que obliga a llevar los ojos entornados para no quemarse las pupilas; con altas torres esqueléticas del tendido de alta tensión que cruzan de poniente a levante con su temible estela de tibias y calaveras, con los cuervos revoloteando como un mal presagio... (p. 171).

Son las llanuras de Bujaraloz, a menudo bajo el ulular del cierzo, donde «el paisaje es desolado y trágico, y la laguna no es más que una larga superficie, pulida, lisa y brillante, de tierra salobre, de la que el viento arranca a veces penachos de sal. Se cuentan historias terribles de estos lagos fósiles, de estos lagos bordes que no pueden brindar un sorbo de agua al caminante» (p. 175).

Por la noche, sus accidentes orográficos semejan paisajes lunares hechos de cráteres, enigmáticos laberintos y piedras solitarias de figuras caprichosas... (p. 172).

El paisaje ofrece las mismas connotaciones hostiles aun cuando el viajero lo reduzca en su cuaderno a la ingenua estilización de un primitivo:

Hay espartales tristes como cilicios y grises matas de sosa y romero trágico y tomillo oloroso (p. 30).

La sierra [de Alcubierre] es áspera y la tierra pobre. En la vertiente sur no crecen más que tomillos encanijados y romeros del color de la ceniza. Al llegar a arriba no se ven más que algunos espaciados bosquecillos de pinos sedientos y raquíuticos cabalgando la ladera norte (p. 107).

Varios objetos cotidianos, elevados a la categoría de símbolos, pretenden contribuir a consolidar en su conjunto la visión hostil de Los Monegros. Así, al margen de una reiterada asociación de Los Monegros con el Sáhara, el botijo («Un botijo redondo y fatuo preside la estancia desde lo alto del mostrador [del bar]; es la peana del don divino del agua, el sagrario de ese dios caprichoso de Los Monegros»); la deslumbrante reverberación de la luz («El sol está en lo alto. La llanura parece cocerse al sol. De entre el mar de espigas sale como un humo transparente que quiebra los contornos de las cosas; es la imagen del calor»); el árbol seco del patio de las escuelas que evoca la crispada mano de un condenado («En el patio de las escuelas nacionales un árbol descarnado, sin hojas, acaso muerto, parece amenazar al cielo sangriento con su garra crispada»); la maldición de los gatos («Todos los gatos de Los Monegros, si no se han recogido al anochecer, se vuelven locos del cierzo. Hace muchos años ese accidente los había dado más de un quebranto, porque los piadosos labriegos pensaban que eran brujas en hábito felino que iban a hacerle daño a algún cristiano»); o la imagen del zorro ahorcado en un árbol, apestoso y rodeado de moscas, víctima propiciatoria de la tragedia monegrina («En el zorro ahorcado caben la miseria y la sed, la injusticia y el odio, el tiempo que defraudó y el futuro incierto. El zorro ahorcado ha pagado con su muerte muchas culpas»).

En el País de los Cucutes: un viaje a pie por Los Monegros (2010), de Javier Arruga, el narrador comienza su itinerario a pie por Los Monegros de una forma deshilvanada y vacilante, con excesivas apelaciones al humor fácil. Pero logra interesar al lector en páginas que van ganando en reflexión y en fuerza descriptiva. El viajero —cuya austeridad narrativa recuerda demasiado al Cela del *Viaje a la Alcarria*, al Julio Llamazares de *El río del olvido* y al Labordeta caminando con la mochila al hombro— recorre a pie una buena parte de los pueblos monegrinos. Comienza su viaje en Sariñena y lo termina en Bujaraloz. Entre una y otra población discurrirá un itinerario al albur de las ocurrencias del momento y la ocasión. Sus pasos vienen orientados por una guía histórico-cultural, por las indicaciones de los aldeanos con que el viajero se encuentra en el camino y por sus propios impulsos e intuiciones.

En total, suman catorce las estaciones rurales de este casi vía crucis llevado con tanta paciencia y resignación como ilusión y espíritu épico. El título de una de las jornadas del camino, *Leaving Lanaja*, nos remite a un contrapunto aventurero que no es el del inevitable Nicholas Cage, por supuesto, pero que se le parece mucho, por cuanto Javier

Arruga activa el trasfondo visual y mítico de la conocida película de 1995 dirigida por Mike Figgis para presentar una galería «de seres grises, abducidos, humillados o, como el Cureta, secuestrados vivos en esta tierra por ella misma para ser después trasladados a un nivel de asociación superior con todo lo que ella supone. Estos hombres, tras un tiempo indeterminado en un lugar remoto, son devueltos a su vida original sin ningún tipo de secuela aparente y sin que ellos mismos recuerden nada. Del extraño fenómeno se sabe poco, pero una de sus características es que las manifestaciones de su transformación son inconscientes, por lo que los propios abducidos ignoran que lo son» (p. 55). El mismo paisaje que habitan tiene mucho de lunar, con *torollones* de las más extrañas formas aquí y allá, con una superficie rala donde menudean a modo de cráteres las charcas, las balsas resacas y la antiguas salinas.

La imagen de Los Monegros que proporciona Arruga tiene mucho que ver con esa imaginaria fusión de seres y de elementos procedentes de una extraterritorialidad casi desconocida. El *locus hostil* está configurado por los infiernos menores originados en los inhóspitos microespacios que visita el viajero: fondas incómodas, bares bulliciosos en extremo, clubes sociales, costumbres y recelos ancestrales... Muertes pequeñas, a la postre, inhóspitos lugares con los que se propone recomponer, tal vez con un punto de prejuicios originados por la tradición literaria, el rompecabezas antropológico del atraso y la desidia endémicos de la zona. Sin que tampoco estén ausentes apuntes sobre el cromatismo diferente de Los Monegros, necesitados de una paleta exclusiva para pintar su elementalidad terráquea que tal vez pudo descubrir en los tonos suaves (paisajes lunares, masas de ocre, azules y grises) de las pinturas de Beulas (1991) o en los luminosos ocreamarillos de algunas estampas de siega del monegrino Marín Bagüés:

En realidad, Los Monegros tienen un color que les es tan propio que debería tener su propio nombre; un nombre que no sería además variedad de ninguno. No sería gris monegros o marrón monegros, sino que sería monegros, como rojo, añil, marengo o burdeos: monegros.

9. FINAL: LOS MONEGROS COMO ESPACIO ACCIDENTAL Y CON FRECUENCIA INVISIBLE

Podría decirse que, con el nuevo siglo, Los Monegros han comenzado a perder el simbolismo trascendente que le habían venido confirmando

geógrafos, viajeros y escritores. Contemplado desde el parabrisas del coche o desde la ventanilla del tren o de un avión, el espacio monegrino ha seguido siendo el espacio accidental para una revelación inesperada. Es el caso del poema «Desierto de Los Monegros» de Jordi Doce (como antes para el Santos Torroella de «Aeropáramo. Poema volando por Los Monegros»). De estos versos están ausentes, sin embargo, el simbolismo y la utopía colectiva que presiden las letras de cantautores como Ángel Petisme («Trae contigo la lluvia / a Los Monegros»), del llorado José Antonio Labordeta o del Joaquín Carbonell de «Canción de cuna para el niño del campo» («Todas las palomas llevan / menta y escarcha en las alas / por soñar Los Monegros / cubiertos de pinos y agua»)¹⁵.

Un simple repaso a las doce convocatorias del Certamen de Cuentos «Los Monegros» o al volumen colectivo *Los Monegros*¹⁶ confirma la misma accidentalidad del espacio monegrino en la narrativa más reciente, reducido, salvo excepciones, a pie ambiental forzado y sembrado en no pocos casos de algún que otro manido guiño topográfico. Los Monegros pueden ser en otras ocasiones el insólito escenario de una novela, sea esta realista, negra o de subido erotismo, aunque la ausencia de notas espaciales concretas denuncia que podría haber estado ambientada en cualquier otra parte del planeta.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Angulo Barturen, Javier (2007): *El poderoso influjo de «Jamón, jamón»*, Madrid, El Tercer Nombre.
- Anónimo: *La Chanson de Roland / El Cantar de Roldán*. Transcripción, traducción y copia manuscrita del texto paleográfico de Oxford (Ms. Digby 23) a cargo de Ricardo Redoli Morales, Málaga, Universidad de Málaga, 1999.
- Arana, J. Ramón (1950): *El cura de Almuniaced*, México, Aquelarre, 1ª ed. [Madrid, Turner, 1979, 2.ª ed.; Sevilla, Renacimiento, 2005, 3.ª ed.; Zaragoza, Gara, 2011, 4.ª ed. con prólogo de Olga Pueyo].
- Arcal, Marián (1992): *Veinte relatos monegrinos y otros relatos*. Prólogo de Juan Domínguez Lasierra, Zaragoza, IberCaja, 2.ª ed.

15. Una sobresignificación simbólica que sí se llega a percibir en la película de escenarios aragoneses *Jamón, jamón*, de Bigas Luna (Angulo Barturen, 2007).

16. Cf. Castán *et al.* (2006), que incluye los siguientes trabajos: «La baba y el carmín», de Carlos Castán; «El espejo de Sariñena», de Francisco Javier Pérez; «Días de agosto», de Ángela Labordeta; «Todos los fieles difuntos», de Damián Torrijos; «Contrabando demográfico», de Begoña Plaza; «Verano del 82», de Miguel Carcasota; «De lo siniestro y sus alrededores», de María Frisa; «Capitán Pueyo Lastanosa», de Amadeo Cobas; «Volanderas», de Cristina Grande; «El sonido de matar y el sonido de morir», de Óscar Sipán.

- Arruga, Javier (2010): *En el país de los cucutes: un viaje a pie por Los Monegros*, Zaragoza, Mira Editores.
- Bada Panillo, José (2008): *La sed (Los Monegros y otra escala de valores)*, Candanos, Asociación de Amas de Casa de Candanos «Corazón de Monegros».
- Baroja, Pío (1999): *Las horas solitarias. Notas de un aprendiz de psicólogo [1918]. Obras Completas XIII. Ensayos, I*. Edición de José-Carlos Mainer, Barcelona, Círculo de Lectores.
- Beltrán Martínez, Antonio (2003): *Semblanzas de Monegros*, Comarca de Los Monegros.
- Beltrán Martínez, Antonio (2005): «Presencia humana en la Antigüedad», en Gonzalo Gavín González (coord.), *Comarca de Los Monegros*, Zaragoza, Departamento de Presidencia y Relaciones Institucionales [<http://www.aragon.es>], pp. 81-86.
- Bermejo Larrea, Esperanza, coord. (2012): *Regards sur le «locus horribilis»: manifestations littéraires des espaces hostiles*, Zaragoza, Presses Universitaires.
- Beulas (1991): *Desertització*. Comissariat: Rosa Gil y Rosa Pous, Girona, Caixa de Girona.
- Blasco Zumeta, Javier (2005): «Los Monegros en los textos: la sed y el conflicto del agua», en Gonzalo Gavín González (coord.), *Comarca de Los Monegros*, Zaragoza, Departamento de Presidencia y Relaciones Institucionales [<http://www.aragon.es>], pp. 273-282.
- Castán, Carlos *et al.* (2006): *Los Monegros*, Zaragoza, Tropa.
- Costa, Joaquín (1911): *Política hidráulica. Misión social de los riegos en España*, Madrid, Biblioteca Joaquín Costa.
- Enguita Utrilla, José M.^a (1994): «El aragonésismo lingüístico en Ramón J. Sender», en José-Carlos Mainer y José M.^a Enguita Utrilla (coords.), *III Curso sobre Lengua y Literatura en Aragón (siglos XVIII-XX)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 191-216.
- Gavín González, Gonzalo, coord. (2005): *Comarca de Los Monegros*, Zaragoza, Departamento de Presidencia y Relaciones Institucionales, 2005 (<http://www.aragon.es>).
- Gil, Ildelfonso Manuel (1960): *Pueblonuevo*, Madrid, Aguilar.
- Jiménez Blanco, José Ignacio (1986): «Introducción», en Ramón Garrabou, Carlos Barciela y José Ignacio Jiménez Blanco (eds.), *Historia agraria de la España contemporánea* (III), Barcelona, Crítica.
- Labordeta, José Antonio (1994): *Monegros*, Madrid, Ediciones Libertarias.
- Martínez de Pisón, Ignacio (1996): *Carreteras secundarias*, Barcelona, Editorial Anagrama.
- Ortiz-Osés, Andrés (1993): *Las claves simbólicas de nuestra cultura. Matriarcalismo, patriarcalismo, fratriarcalismo*. Proemio de Eugenio Trías, Barcelona, Anthropos.
- Pedrocchi Renault, César (1998): «Delimitación del área de estudio y análisis del paisaje», en César Pedrocchi Renault (coord.), *Ecología de Los Monegros*:

- la paciencia como estrategia de supervivencia*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses-Centro de Desarrollo de Monegros.
- Pedrocchi Renault, César (2000): *Historia natural de Los Monegros*, Grañén (Huesca), Instituto de Estudios de Los Monegros.
- Prats y Beltrán, Alardo (2006): *Vanguardia y retaguardia de Aragón. La guerra y la revolución en las comarcas aragonesas* [1937]. Introducción de Alejandro R. Díez Torre, Sevilla, Espuela de Plata.
- Romeo, Félix (2001): *Discothèque*, Barcelona, Editorial Anagrama.
- Romero García, Eladi (2004): *Orwell en Aragón: Monegros, 1937*, Grañén, Comarca de Los Monegros.
- Sampériz Janín, José (1933): *Candasnos*, Barcelona, Sociedad Española de Librería.
- Sánchez Vidal, Agustín (1981): *Las novelas de Joaquín Costa. I: Justo de Valdediós*, Zaragoza, Departamento de Literatura Española.
- Sánchez Vidal, Agustín (1984): «Una patria de tinta: el legado novelístico de Joaquín Costa», en VV.AA., *El legado de Costa*, Zaragoza, Ministerio de Cultura-Diputación General de Aragón, pp. 29-67.
- Sender, Ramón J. (1998): *El lugar de un hombre* [1939]. Edición, introducción y notas de Donatella Pini, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses.
- Souny, William (1999): «Eléments pour une poétique du désert-désir», en Alain Montandon (ed.), *Mythes et représentations de l'hospitalité*, Clermont-Ferrand, Presses Universitaires Blaise Pascal, pp. 329-339.
- Stevenson, Robert Louis (2005): *Memoria para el olvido: los ensayos de Robert Louis Stevenson*. Edición de Alberto Manguel, Madrid, Siruela.
- Torrente Secorún, José Vicente (2005): *El país de García*. Edición, introducción y notas de Javier Barreiro, Zaragoza, Prensas Universitarias-Instituto de Estudios Altoaragoneses.
- Tzitsikas, Helene (1977): *El sentimiento ecológico en la Generación del 98*, Barcelona, HISPAM.
- Vallvé Bermejo, Joaquín (1989): *Nuevas ideas sobre la conquista árabe de España. Toponimia y onomástica*, Madrid, Real Academia de la Historia.
- Vidal, Darío (1971): *A mitad de camino, Los Monegros*. Dibujos de Julián Grau Santos, Barcelona, ATE.

BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

- Auraix Jonchière, Pascale, ed. (2000): *Mythologies de la mort*, Clermont-Ferrand, Presses Universitaires Blaise Pascal.
- Benito, Manuel (2009): *Orwell en las tierras de Aragón*, Sariñena, Salvador Trallero Editor.

- Biarge, Fernando *et al.* (2006): *Piedra de arena: el paisaje monegrino*, Zaragoza, Tropo.
- Cenarro Lagunas, Ángela y Víctor Pardo Lancina (2006): *Guerra Civil en Aragón. 70 años después*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, Comarca de Los Monegros.
- García Mercadal, José (1923): *Del llano a las cumbres (Pirineos de Aragón)*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra.
- Grande, Cristina (2010): *Agua quieta*, Granada, Ediciones Traspies.
- Jourde, P. (1991): *Géographies imaginaires de quelques inventeurs de mondes au XXe. Siècle. Graq, Borges, Michaux, Tolkien*, Paris, J. Corti.
- Lalana, Fernando (2010): *El último muerto*, Barcelona, Casals.
- López Hernández, David (2006): *El crimen de Los Monegros*, Barcelona, Mondadori.
- Valdivia, Eduardo (1967): *Las cuatro estaciones*, Zaragoza, Javalambre.
- Vion-Dury, Juliette, Jean-Marie Grassin y Bertrand Westphal, dirs. (2003): *Littérature et espaces. Actes du XXXe Congrès de la Société française de littérature générale et comparée*, Limoges, PULIM.